

Oscar Varsavsky y el cientificismo

Las voces múltiples de una tensión

Silvia Rivera*

silviarivera@ba.net

Resumen

A partir de la recuperación de la polémica entre cientificismo-anticientificismo, que en el marco de la revista *Ciencia Nueva* se despliega entre 1971 a 1975, este artículo explora las tensiones internas que se esconden en el interior de las posiciones señaladas. Tomando como eje la vida y la obra de Oscar Varsavsky -quien clama por una íntima integración entre ciencia y política- se plantea la necesidad de una profunda revisión de las categorías que articulan el discurso de la epistemología en su versión heredada, en especial las de universalidad y objetividad. Frente al ideal de una verdad científica aséptica, Varsavsky propone a la ideología como guía explícita, y no ya solapada, de la planificación de una política científica que fije los contenidos concretos de la ciencia –temas y métodos- con el objetivo de ayudar a propiciar y sostener un cambio revolucionario de la estructura social en su conjunto. Esta es, para Varsavsky, la máxima objetividad a la que podemos aspirar, objetividad que resulta inescindible de la honestidad intelectual, y que consiste en la clara exposición de los juicios de valor que inevitablemente se encuentran en la base de todo trabajo científico.

Palabras claves: *ciencia – sociedad – política científica- cientificismo - ideología*

Abstract

Since the recuperation of the polemic between scientificism-antiscientificism –developed in the framework of *Ciencia Nueva* magazine between 1971 and 1975– this article explores the inner tensions hidden inside the above mentioned positions. Based on life and work of Oscar Varsavsky –who emphasizes a close integration between science and politics–, we state the necessity of a deep revisal of the categories that articulates the speech of epistemology in its *standard view*, in particular the universality and objectivity ones. As a response to the aseptic scientific truth ideal, Varsavsky proposes the ideology as an explicit guide of the planning of a scientific policy, which would set the concrete contents of science –themes and methods–, in order to help to propitiate and sustain a revolutionary change of the whole social structure. According to Varkavsky, this is the maximum objectivity that we can achieve –inseparable from intellectual honesty– and that consists of a clear statement of the value judgments that are, inevitably, in the basis of every scientific work.

Keywords: *Science – society – scientific policy – scientificism - ideology*

Lo que entonces me ha “desconcertado” un poco, es el hecho de que esta cuestión que yo me planteaba no ha interesado en absoluto a quienes se la planteaba. Consideraron que era un problema políticamente sin importancia y epistemológicamente sin nobleza.

Michel Foucault, *Verdad y Poder*

* Prof. en Filosofía, coordinadora académica de la Maestría en Metodología de la Investigación Científica de la Universidad Nacional de Lanús

La pregunta es cuál es esta cuestión considerada políticamente sin importancia y epistemológicamente sin nobleza, cuestión que sin embargo no dejó de ocupar a Foucault y seguramente también a todos aquellos dispuestos a revisar los supuestos de la clásica teoría del conocimiento. La respuesta es presentada una y otra vez por el mismo Foucault, en este y tantos otros textos, ya sea de modo expreso o indicada a partir de sus pacientes y minuciosas reconstrucciones genealógicas¹: el problema del estatuto político de la ciencia y de las funciones ideológicas que de un modo u otro este saber vehiculiza.

En 1969 Foucault publica en París *La arqueología del saber*. Ese mismo año, en Buenos Aires, Oscar Varsavsky publica *Ciencia, política y científicismo*, encendiendo la mecha de una encendida polémica que detonaría un par de años más tarde y que roza en más de un punto la citada cuestión foucaultiana. *Ciencia, política y científicismo*, un libro pequeño del Centro Editor de América Latina. “Libro-símbolo” como lo califica Miguel de Asúa², de tono personal, que con lenguaje sencillo nos acerca la mirada de un científico argentino sobre algunos problemas directamente vinculados con el complejo entramado que tejen saber y poder. Mirada ingenua a veces, a veces excesivamente pragmática, pero siempre incondicional y apasionada. Mirada que devela y desoculta a un tiempo significados y usos, usos que establecen significados, precisamente los significados de esas categorías que ocupan un lugar central en el discurso de lo que se ha dado en llamar “concepción heredada” en epistemología o filosofía de la ciencia. Pero es importante recordar que Varsavsky no es filósofo, y esto quiere decir que no ha sido formado en el manejo erudito del marco conceptual de la epistemología que interpela. Epistemología que había obtenido su acta de nacimiento unas cuantas décadas antes, exactamente en 1929³, en forma de un manifiesto programático: *Manifiesto científico universal: el Círculo de Viena*⁴, con su anuncio de una nueva era, la era de la “concepción científica del mundo”. Si bien el texto resulta un tanto elíptico, una recorrida por sus páginas permite relevar algunas frases que confieren identidad al programa: sobre la base de la “concepción científica del mundo” el fin último, la “operación” en filosofía, es la “unificación de la ciencia”. El medio para lograrlo es el “análisis lógico de las proposiciones” mediante la búsqueda de un “sistema neutro de fórmulas” que constituyan un simbolismo liberado de las escorias de las lenguas históricas”.⁵

En definitiva, entonces, universalidad y neutralidad. Conceptos eje de un positivismo que si bien puede considerarse un “perro filosófico muerto hace mucho tiempo que sin embargo prestó buenos servicios”, según palabras de Tomás Moro Simpson, es innegable que su hedor inunda todavía espacios institucionales, detonando contundentes efectos. Paradójicos efectos de una muerte tal vez excesivamente citada. Porque hubo también epistemólogos⁶ que se reconocieron, a través de proclamas más o menos explícitas, activos responsables de ella, pero que no lograron

¹ Cf. Foucault, M., *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.

² De Asúa, M., “Introducción a ciencia, política y científicismo”, en Varsavsky, O., *Ciencia, política y científicismo*, Bs. As., Centro Editor de América Latina, 1994.

³ Cabe destacar que la epistemología emerge como rama independiente de la teoría del conocimiento en tiempos de la teoría subatómica, del principio de complementariedad de Böhr y de indeterminación de Heisenberg, que sembraban dudas acerca de la neutralidad de la práctica científica, de la pureza de la ciencia básica y de la diferencia entre ciencia básica y ciencia aplicada.

⁴ Este manifiesto, publicado originalmente en alemán, fue luego reproducido en inglés en, Neurath, O., *Empiricism and sociology*, citado en, Lecourt, D., *El orden y los juegos*, p.259.

⁵ Citado en Lecourt, D., *El orden y los juegos*, Bs. As. Ediciones de la Flor, 1984, p. 102.

⁶ Pienso especialmente en Karl Popper, quien en el segundo capítulo de su *Autobiografía* se pregunta “quién mató al positivismo lógico”. Citado en, Lecourt, D., *op. cit.* p. 128.

liberarse de sus redes, quedando atrapados en la telaraña de aquellos dualismos cuasi-metafísicos que el positivismo inaugura: *historia interna e historia externa de la ciencia, contexto de justificación y contexto de descubrimiento, ciencia pura y ciencia aplicada, ciencias naturales y ciencias sociales*. Dualismos platónicos, que nos esquematizan en percepciones y experiencias. Dualismos no precisamente inocentes en el ocultamiento de la trama de poder de la que surgen y a la que ayudan a consolidar.

1969. Ecos de barricada aún llegan de Europa; gritos de insurrección agitan el corazón de la Argentina. Mientras el “Cordobazo” abre nuevos espacios de resistencia frente a la dictadura, Oscar Varsvasky, recién llegado de Venezuela -país en el que se había instalado tras su renuncia a la Universidad en 1966- y muy entusiasmado con los movimientos estudiantiles mundiales, desarrolla el concepto de “estilos de desarrollo” en contraposición a la concepción única y lineal del desarrollo científico. Al mismo tiempo trabaja para insertar en el espacio público sus ideas acerca del “cientificismo”. Ideas que resultan inescindibles de una experiencia de gestión universitaria.

Ya a fines de los años cincuenta se había puesto en circulación el calificativo “cientificista” para denominar al grupo responsable de la estrategia de renovación y modernización de la universidad, integrado por Rolando García, Manuel Sadosky, Gregorio Klimovsky y el propio Varsavsky, entre otros intelectuales y científicos. Sin embargo, este concepto –“cientificista”- se resignifica una década después, adquiriendo entonces un matiz negativo: en tanto el grupo propiciaba la aceptación de subsidios de fundaciones norteamericanas y promovía el envío de becarios para su formación en el extranjero se lo considera cada vez más un factor estimulante del colonialismo cultural. Dice Varsvavsky en el prefacio de *Ciencia, política y científicismo*:

He tomado como motivación y marco de referencia un fenómeno bastante atípico ocurrido en nuestro país: la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, en el período 1955-1966. A esta Facultad estoy ligado, con interrupciones, desde 1939.

Porque en 1939, con diecinueve años y un diploma de egresado de la Escuela Normal Superior Mariano Acosta, Oscar Varsavsky ingresa en la carrera de Química, de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires, doctorándose años más tarde con una tesis sobre mecánica cuántica, la primera sobre el tema en el país. Esta tesis marca un primer desplazamiento de sus intereses teóricos - de la química a la física- que se continúa en otros. Porque cada vez más la matemática pura atrae su atención, al punto que obtiene en 1954 un cargo de profesor en el Instituto de Matemática de la Universidad de Cuyo y elabora el plan de la licenciatura en Matemática de la Universidad Nacional del Sur. De la matemática pura pasa a la aplicada, después de su estadía en Venezuela entre 1959 y 1960. Varsavsky revisa en esos años el vínculo entre ambas, matemática pura y aplicada, en función de los distintos tipos de organización socio-política en que se ejercitan. Es así como ese campo todavía difuso por entonces, el de la “sociología de la ciencia”, lo cuenta como uno de sus primeros exploradores en América Latina, a través de producciones teóricas e intervenciones participativas en la creación de equipos interdisciplinarios.

El comienzo de su carrera científica de Varsavsky tiene un peculiar escenario: el Laboratorio de Investigaciones Radiotécnicas que Philips traslada a Argentina al iniciarse la Segunda Guerra Mundial, creando una enorme expectativa e interesando a muchos jóvenes científicos en teoría de circuitos, hasta que luego de terminada la guerra la empresa levanta campamento, desmantelando el laboratorio en el país. Varsavsky trabaja entonces en Editorial Abril como traductor, también como encargado del correo de lectores de una revista de ciencia ficción titulada *Más allá* y como responsable de la edición de una enciclopedia de notable calidad que nunca llegó a aparecer, junto a decenas de otros científicos, también opositores a Juan Domingo Perón, quien ocupaba el cargo de presidente de la Nación en ese momento.

A partir de 1958 Varsavsky reingresa a la Universidad de Buenos Aires, incorporándose activamente al proceso de renovación institucional como integrante del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. En estos años se destaca su trabajo para el mejoramiento de la enseñanza de la matemática. Fue sobre la base de sus aportes que se crea en 1962 el Instituto de Cálculo:

Reorganizada durante los dos años siguientes a la caída de Perón –cuando se tomaron las principales decisiones sobre su funcionamiento y se formó el núcleo de profesores que le daría su personalidad – y lanzada luego a toda carrera hasta la caída de Illia, ‘Exactas’ se convirtió rápidamente en centro de interés, crítica y aplauso dentro y fuera de la universidad y del país. En ella se vivió un intenso ensayo de ‘tercera posición’ – reformismo, desarrollismo o como quiera llamársele- que mostró bien a las claras sus limitaciones ideológicas, y que puede servir de ilustración para casos análogos en Latinoamérica.⁷

Precisamente es a esta tercera posición que Varsavsky dirige sus ataques en el libro-símbolo *Ciencia, política y científicismo*. Ya en las primeras páginas clasifica en cuatro las actitudes de los científicos frente al sistema vigente: “fósil” o reaccionaria pura en primer término; “totalitaria”, es decir stalinista estereotipada, en segundo término; en el tercero, la posición “reformista” o defensora del sistema en su forma más moderna y perfeccionada, que admite entre otras cosas críticas “razonables”; y por último en el orden de presentación pero no en de importancia, la posición “rebelde” o revolucionaria, intransigente ante los defectos del sistema y ansiosa por modificarlo todo desde una perspectiva nacional.

“Fósiles versus Totalitarios”⁸, esta es, según Varsavsky, la alternativa maniquea con la que se nos sugiere. Alternativa irreal que carece de vigencia práctica y que encubre una oposición real, la que se plantea entre Reformistas y Rebeldes. Los Reformistas refuerzan, a su vez, su protagonismo a través de una “falacia triangular”, que supone reducir a tres las posiciones posibles y en ubicarse como justo –virtuoso- medio entre dos extremos igualmente indeseables por viciosos, esto es, “Fósiles” y “Totalitarios”. Se impone, pues, la lucha contra la magia del número tres y contra las implicancias prácticas de una simplificación que limita la acción política. Esta es, pues, la misión del científico rebelde “estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia, los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos,

⁷ Varsavsky, O., *Ciencia, política y científicismo* (en adelante CPC), Buenos Aires, CE AL, 1975, p. 9.

⁸ CPC, p. 8.

teóricos y prácticos. Hacer esto es -dice Varsavsky, quien se reconoce como científico rebledo- hacer ‘ciencia politizada’”.⁹

Su activa participación en la reforma universitaria, que se despliega en la Universidad de Buenos Aires después de la caída de Perón, le permite a Varsavsky precisar una aguda crítica al desarrollismo, que es en realidad autocrítica y que se construye de acuerdo al modelo general de crítica que nos legó Immanuel Kant: crítica como demarcación y reconocimiento de límites. Recordando el fracaso de la reforma mencionada, dice Varsavsky:

La mayoría de los científicos argentinos, aún los que se decían de izquierda, creían fervorosamente en una imagen de la ciencia, en sus valores y su misión, que podemos llamar “cientificismo”. [...] Y un cientificista no puede aceptar ocuparse de problemas relacionados con política, porque esta no es una actividad científica según las normas de quienes desde el hemisferio Norte orientan las actitudes y opiniones de nuestros investigadores y sancionan virtudes y pecados. En todo caso ese campo corresponde reservarlo a la ciencia política, que es una ciencia de segunda categoría.¹⁰

El reconocimiento de límites se materializa en la enumeración de inconvenientes. A este primer inconveniente epistemológico que Varsavsky señala en su cita y que se puede resumir como falta de autonomía científica y consecuente fidelidad a un modelo de ciencia universal y neutral, se suman otros. Varsavsky habla de falta de fuerza política y también falta de convicción política en el grupo, para poder asumir plenamente el desafío de una ciencia politizada. Desafío que cuenta entre sus riesgos posibles el sacrificio de la carrera científica dentro de este sistema, riesgo que no todos los participantes estaban dispuestos a enfrentar.

Recuerda Varsavsky que el grupo Reformista, que asume la dirección de la Universidad de Buenos Aires desde octubre de 1955 hasta junio de 1966, está integrado por profesores y graduados políticamente heterogéneos, que cuentan con el apoyo de la mayoría estudiantil. Se trata de profesionales con buen entrenamiento político, gran deseo de sacar al país de su estancamiento, alto grado de racionalidad, mucho empuje, anti-imperialismo difuso y apreciable eficiencia en docencia e investigación ya que algunos de sus líderes fueron maestros, tal es el caso de Rolando García. En resumen, es posible caracterizarlos como liberales de izquierda, inteligentes, pero sin experiencia ni talento político y esto a pesar de contar con un subgrupo más politizado, alguna vez militante en partidos de izquierda y casi siempre en movimientos antiperonistas. Varsavsky, por ejemplo, marxista en su juventud pero luego anarquista y contestatario en función de su perpetua intransigencia. Sin embargo, y a pesar de su fama “ultraizquierdista” este subgrupo tampoco cuenta con elementos para enfrentar al sistema, al gobierno, ni siquiera al gobierno de turno, pudiendo tan sólo dedicarse a consolidar la base científica necesaria para un desarrollo tecnológico y económico que posibilitara una futura transformación de la sociedad.

Durante los primeros años una de las tareas del grupo se centra en la eliminación de los fósiles peronistas que resistían en sus cargos. Interesados en diferenciarse de las clásicas “trenzas” que en la universidad digitaban concursos, utilizan el recurso a métodos “objetivos” como instrumento

⁹ CPC, p. 13.

¹⁰ CPC, p. 12.

para demostrar la incapacidad de los “fósiles”: número de artículos publicados en revistas de prestigio internacional, jurados extranjeros de renombre, poco peso a la antigüedad en la docencia, entre otros. Pero pronto se hace evidente que los fósiles no había sido reemplazados por científicos politizados sino más bien por científicistas.

Testimonios de la época coinciden en afirmar que si bien no es Varsavsky quien acuña el término “cientificismo”, sí es el responsable de su utilización. Su actitud crítica lo hace salir en varias ocasiones de la conducción de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, y su gran sentido de la colaboración no impide duros enfrentamientos con el decano Rolando García. Quizás considerando que su presencia se asemeja más a un obstáculo que a una ayuda y ante el riesgo de crear un frente interno en el Consejo decide alejarse, viajando a Venezuela¹¹ y reintegrándose a su regreso al Consejo Directivo sólo por pedido expreso de los alumnos hasta 1965. En 1969 Varsavsky redefine “cientificismo” en los siguientes términos:

Científicista es el investigador que se ha adaptado a este mercado científico, que renuncia a preocuparse por el significado social de su actividad, desvinculándose de los problemas políticos, y se entrega de lleno a su ‘carrera’, aceptando para ella las normas y valores de los grandes centros internacionales, concretados en un escalafón. El científicista en un país subdesarrollado es un frustrado perpetuo. Para ser aceptado en los altos círculos de la ciencia debe dedicarse a temas más o menos de moda, pero como las modas se implantan en el norte siempre comienza con desventaja de tiempo. Si a esto se agrega el menor apoyo logístico (dinero, laboratorios, ayudantes, organización) es fácil ver que se ha metido en una carrera que no puede ganar. Su única esperanza es mantener lazos estrechos con su Alma Mater –el equipo científico con quien hizo su tesis o aprendizaje-, hacer viajes frecuentes, conformarse con trabajos complementarios o de relleno de los que allí se hacen, y en general llegar a una dependencia cultural total.¹²

Contra la pretendida “libertad de investigación” arremete Varsavsky sus ataques, resignificando el concepto de “autonomía”, en este caso “autonomía científica” que deja de ser libertad absoluta de elección frente a la indeterminación total, para convertirse en trabajo interdisciplinario que guía la construcción de alternativas, la definición de prioridades, y también la toma de decisiones políticas. ¿Quiere esto decir que una ciencia diferente es posible? Por supuesto, sólo hace falta una simple reasignación de recursos para comprobarlo¹³. Sin embargo plantear la autonomía como independencia frente a una ciencia que se pretende de validez universal no es nada fácil, tampoco lo es reconocer que las decisiones políticas se encuentran al comienzo y no al final del proceso de producción del conocimiento científico:

No se trata pues de hacer ciencia aplicada, sino de romper la cadena completa de la actividad científica: descripción, explicación, predicción, decisión.

¹¹ Años más tarde, en 1965, Varsavsky viaja nuevamente a Venezuela, esta vez para radicarse hasta 1968.

¹² CPC p. 36.

¹³ Cf. CPC p. 47

El académico desprecia el último eslabón, el empírico se queda sólo con él, pues decidir implica haber definido los objetivos y por lo tanto da el verdadero planteo del problema. Y luego ir hacia atrás funcionalmente.¹⁴

Decidir, predecir, explicar, describir, esta es la secuencia; que toda descripción es ideológica, su inevitable consecuencia. Si la ciencia no es neutral, entonces su pretendida universalidad se encuentra al servicio de un modelo económico y político que, en tanto se alimenta de la colonización, teje muy sutiles redes para sostenerla en todas sus dimensiones posibles. La epistemología en su versión más dogmática fortalece estas redes y Varsavsky denuncia algunos de sus hilos: la caracterización de la ciencia como conocimiento, la identificación del sujeto de conocimiento con la conciencia individual, la falsa autonomía de la autonomía absoluta, y esas dicotomías que mencioné y que pueden agruparse en dos columnas, con una clara diferencia de jerarquía entre ellas. Ciencia pura –inmaculada- versus ciencia aplicada, como si toda práctica científica no fuera ya siempre aplicada aún en su momento más básico o teórico, como si el concepto de “aplicación” no funcionara como mecanismo creador de la independencia de principios o leyes que, en algún mundo platónico, esperan la oportunidad de aproximarse a la roca dura de la realidad efectiva. Historia interna versus historia externa de la ciencia, como si la historia no fuera una aún en sus múltiples quiebres y fracturas. Contexto de descubrimiento versus contexto de aplicación, como si la ciencia no se jugara en plurales contextos institucionales, escuelas, laboratorios, empresas, oficinas de ciencia y técnica entre muchos otros atravesados inevitablemente, todos ellos, por valores múltiples tales como *eficacia, rentabilidad, adaptabilidad, comunicabilidad, fecundidad*. Valores que opacan casi por completo al sacrosanto valor epistémico de la “verdad”. Verdad que es considerada ahora como polo privilegiado de una nueva dicotomía, aún más radical que las otras, la dicotomía que enfrenta a la verdad, patrimonio exclusivo de la ciencia, con la ideología en sus significados múltiples, pero todos ellos más o menos inquietantes, como si la verdad en este caso científica, pudiera escindirse del poder que la construye y sostiene sin aniquilarse justamente en su función de verdad. Finalmente es *Ciencia e Ideología* el título que leemos en la tapa del libro editado en 1975 que compila las ponencias de aquel debate desplegado en las páginas de la revista *Ciencia Nueva* a lo largo de 1971 y también de un ciclo de mesas redondas que enfrentaron en un clima de pasiones -que no excluían el patetismo- a quienes habían participado en la citada reforma universitaria y años después se disponían a revisar, con mayor o menor apertura, sus supuestos.

A principios de 1971 la revista *Ciencia Nueva* entrevista a Gregorio Klimovsky quien se manifiesta dispuesto a discutir una tesis que según él se está poniendo peligrosamente de moda en algunos círculos políticos-intelectuales. Según Klimovsky, se trata de la tesis que rechaza la existencia de una “ciencia objetiva” al afirmar que los componentes ideológicos de la ciencia, en tanto son esenciales, modifican sustancialmente sus apreciaciones, resultados y métodos. No se trata, concede Klimovsky, de negar que ciertos factores ideológicos intervienen en la tarea científica. De lo que se trata es de acotar prudentemente su influencia, ya que de no hacerlo estaríamos negando la tradición clásica, aquella según la cual la ciencia provee un tipo de conocimiento “eterno y firme”, que puede hacerse más nítido y preciso, pero que de ningún modo queda al arbitrio de la mera opinión o prejuicio de personas o grupos, porque posee pautas

¹⁴ CPC p.47.

objetivas tanto para fundamentarse como para criticarse, llegando a construir un patrimonio cultural que es necesario poner a salvo de escepticismos y relativismos de moda. Si bien es cierto, reconoce Klimovsky que un cierto peligro encierra la creencia de una ciencia que, como conocimiento immaculado, sobrevuela el mundo sin contaminarse con contingencias históricas, un peligro mucho más grande aún se esconde en la posición según la cual la militancia política y la ideología logran traspasar la exterioridad del contexto de aplicación tecnológica para infiltrarse en el núcleo duro de la ciencia, es decir en la metodología de validación de hipótesis, guiada por un mecanismo sacrosanto que garantiza la deseada, y al mismo tiempo esquiva, objetividad absoluta. Para el entrevistado la metodología se reduce en última instancia a una lógica monopólica y monolítica. Dice Klimovsky:

El método científico es el método hipotético-deductivo, el método que esencialmente consiste en formular hipótesis y testearlas.¹⁵

Una entrevista de intención defensiva y contenido claramente ideológico da comienzo, pues, al libro que comento: “Ciencia e ideología”. A la entrevista siguen las intervenciones de los participantes en el ciclo de mesas redondas, pero antes de la entrevista encontramos una presentación de los autores, un tanto bizarra, ya que cada curriculum es acompañado por una caricatura del personaje presentado, y como cierre de las presentaciones una caricatura del grupo reunido y sonriente. Tanto en la ilustración individual como en la que reúne al grupo Oscar Varsavsky aparece de espaldas.

Una rápida recorrida por los curricula redactado por cada uno de los autores nos acerca pistas para descifrar los estilos que definen a los polemistas. Gregorio Klimovsky, por ejemplo, abunda en la mención de cargos docentes, pero no menciona formación académica ni publicaciones, de las que carecía. Jorge Schvarzer, ingeniero, sólo da cuenta de cargos de consultoría y gestión mientras Manuel Sadosky, Doctor en Matemática presenta un curriculum sobrio y equilibrado. Conrado Eggers Lan, por su parte, nos recuerda ante todo que con cuarenta y siete años es casado y tiene ya ocho hijos. Su curriculum es el más extenso y no sólo por los hijos, sino también por las becas, cargos docentes y publicaciones que enumera. La lista de publicaciones sorprende en una curiosa subdivisión: I- Publicaciones sobre filosofía griega y II- Publicaciones ideológicas. Lo que sorprende en esta subdivisión, me parece, es que en el debate Eggers Lan integra el grupo crítico al cientificismo, que sostiene el constitutivo carácter ideológico de todo conocimiento. A su turno Thomas Moro Simpson expone con elegancia su sólida formación como investigador y también como autor, en la que se combinan títulos tales como *Formas lógicas, realidad y significado, Semántica filosófica: problemas y discusiones* junto a *Dios, el mamboretá y la mosca – Investigaciones de un hombre curioso*. Rolando García da cuenta de su experiencia de diez años como maestro de escuelas primarias a la que suma otras experiencias en cargos docentes y de gestión académica en el país y el extranjero, finalizando con una mención especial a su pertenencia al Centro Internacional de Epistemología Genética dirigido por Jean Piaget. El curriculum de Oscar Varsavsky, quien aún se mantiene de espaldas, es el único escrito en primera

¹⁵ VVAA, *Ciencia e ideología, Aportes polémicos* (en adelante CI), Buenos Aires, Ciencia Nueva, 1975, p. 21.

persona. Tiene exactamente dos renglones y medio y dice así: “Soy ex profesor universitario, especialista en modelos matemáticos de las ciencias sociales; fui educado en Liniers.”¹⁶

El artículo de Varsavsky recupera los temas que ya había hecho públicos en *Ciencia, política y cientificismo*, pero de un modo más compacto y hasta contundente. No sólo clama por la integración de ciencia y política sino que propone la ideología como guía explícita, y no ya solapada, de la planificación de una política científica que fije los contenidos concretos de la ciencia –temas y métodos– que ayuden a propiciar y sostener un cambio revolucionario de la estructura social en su conjunto. Esta es, para Varsavsky, la máxima objetividad a la que podemos aspirar, objetividad que resulta inescindible de la honestidad intelectual, y que consiste en la clara exposición de los juicios de valor que inevitablemente se encuentran en la base del trabajo intelectual, para su confrontación y crítica.

No hay duda que la tensión marco que esquematiza la polémica es la que se plantea entre “cientificistas” –Gregorio Klimovsky y Thomas Moro Simpson– y “anticientificistas” –Varsavsky y todo el resto de los polemistas mencionados–. Sin embargo esta tensión marco contiene otras, más sutiles pero sin duda también más fértiles, tensiones internas a cada uno de las posiciones en conflicto y aún más, hasta diría en cierta forma internas a algunos de los participantes. Porque es indudable que no todas las intervenciones alcanzan el mismo nivel de problematización, quedándose algunas de ellas en simplificaciones maniqueas. Es este el caso de los contenidos de la entrevista que ofrece Gregorio Klimovsky a la revista *Ciencia Nueva*, que no sólo separa ciencia e ideología haciendo de ellas polos absolutos de valor y disvalor respectivamente, y a partir de aquí también actividad científica y actividad política, sino que sanciona además el carácter reaccionario del llamado “anticientificismo”, considerado por Klimovsky un factor de retroceso intelectual y económico que limita nuestra competitividad en el escenario de la “ciencia universal”. “Ciencia nacional” es lo que el anticientificismo propone como contraparte. Propuesta absurda según Klimovsky y aún más, decididamente peligrosa, ya que recuerda los delirios de Hitler en su definición de una “ciencia alemana” o de Stalin y su “ciencia proletaria.”¹⁷

Tensiones internas, entonces, apenas dominadas por la gran tensión que vende libros y convoca a disertaciones públicas. Cientificismo-anticientificismo, es la tensión que intenta esquematizar y reducir tanto dispersiones como multiplicidades. Pero es precisamente la percepción de dispersiones que quiebran la tensión marco en múltiples tensiones internas, las que me parecen detonan la afirmación de Thomas Moro Simpson acerca de la atmósfera intensamente surrealista en la que por aquellos años transcurre el debate sobre ideología y ciencia. Es con esta afirmación que Thomas Moro Simpson comienza su artículo que se titula “Irracionalidad, ideología y objetividad”. Artículo que continúa así:

Nunca imaginé que los papeles estarían repartidos de un modo tan curioso entre los actores. El hecho de que algunos de ellos encarnen los personajes que según las expectativas más razonables deberían ser representados por otros, y que además lo hagan con pasión genuina, me produce cierta perplejidad. Siempre me han sorprendido los hombres que pueden sostener, en forma sucesiva, tesis *absolutamente incompatibles* con

¹⁶ CI, p. 6.

¹⁷ Cf. CI p. 37.

el mismo tono inapelable, y sin perder nunca la capacidad de indignación, como si protagonizaran una conversión mística.¹⁸

A diferencia de Gregorio Klimovsky que en ningún momento da nombres, Thomas Moro Simpson nos remite directamente a las palabras de Varsavsky, a quien cita textualmente. También a diferencia de Klimovsky evita simplificaciones dogmáticas, avanzando de este modo en la problematización de las cuestiones presentadas por Varsavsky, a través del minucioso análisis de los términos involucrados en ellas. Es en este sentido que Thomas Moro Simpson diferencia al menos dos significados del término objetividad, uno gnosológico –algo así como corrección- y otro en algún punto ético –imparcialidad-. Significados que no deben confundirse ya que de hacerlo caemos en la trampa de la imprecisión y la ambigüedad. Con la destreza del especialista Simpson destiepa la trama de los desplazamientos semánticos y también de las falacias. Aquellas falacias que derivan normas a partir del mero registro de hechos y otras más sofisticadas, de tipo metodológico, como la que puede titularse así: “de la imaginaria correspondencia entre base y superestructura a la persecución policial”¹⁹. El develamiento de esta falacia denuncia el autoritarismo de las sociedades “denominadas” socialistas, en las que la policía se encarga de hacer cumplir las leyes históricas que establecen correlaciones entre una sociedad y la cultura que le corresponde, precisamente en aquellos casos en que a la cultura producida de hecho por una sociedad X no es aquella que le corresponde según lo previsto para el modelo de relaciones de producción que desarrolla, impidiendo de este modo la falsación de la teoría.

En más de un parágrafo de su artículo Thomas Moro Simpson señala coincidencias entre Rolando García y Oscar Varsavsky. Ambos, nos dice, acuerdan en la necesidad de replantear la base misma del quehacer científico, en la impugnación de la imagen oficial de la ciencia representada por el empirismo lógico que ingenuamente postula la existencia de hechos objetivos como instancia de justificación última. Ambos se deslizan también, de la mano de Thomas Kuhn y Paul Feyerabend, por la resbaladiza pendiente que conduce al irracionalismo, al adherir acríticamente al nefasto mito del “marco conceptual”.²⁰

Coincidencias entre García y Varsavsky, coincidencias que sólo en la superficie alcanzan a suavizar incontenibles diferencias. Tan incontenibles resultan que, olvidando la tensión marco, Rolando García decide dedicar varias de las páginas de su breve artículo para acusar a Varsavsky de tecnócrata, sin ignorar que se trata de un golpe duro tanto para el frente común que ambos necesitan para fortalecerse frente a los científicos, como para un hombre orgulloso que muy joven empieza a transitar el ocaso de su vida, ya que comenzaba a manifestar síntomas de una grave enfermedad

Rolando García parte del reconocimiento de que nos ubicamos, en 1975, en un país en guerra, en un continente en guerra. Es de esta peculiar situación que surgen tanto los problemas fundamentales, estos son la identificación del enemigo, las condiciones de la lucha, las acciones después de la victoria. En el marco de este reconocimiento ha surgido una posición atractiva para sectores de izquierda universitaria que ubica a la ciencia en este proceso de acuerdo al modelo que a continuación se detalla:

¹⁸ CI, p.79.

¹⁹ CI, p. 86.

²⁰ Cabe señalar que Varsavsky también contraataca con el recurso al mito, en este caso convertido en una de los contextos que sostienen la actividad científica. Se trata del contexto de mistificación.

Según esta posición, cada tipo de sociedad tiene su “estilo” de ciencia característica, y el hombre de ciencia que aspira a que se instaure una sociedad distinta de la actual debe desarrollar un “estilo” de ciencia acorde con el tipo de sociedad que se establecerá “después de la victoria”. Creo que es, en forma muy esquematizada, la posición que ha planteado Oscar Varsavsky. Planteado así el problema, creo que debemos considerarlo como un planteo fuera de contexto, un planteo en abstracto. En tal medida es sólo un juego académico, una nueva forma de cientificismo (o neocientificismo). Creo que la calificación más adecuada que le corresponde es la de ser un planteo tecnocrático.²¹

Planteo tecnocrático en su idealización y sobredimensión desmesurada de lo que puede hacer la ciencia, desconociendo al verdadero protagonista del proceso histórico, para García, el pueblo.²² A la hora de definir prioridades para orientar la acción García no duda en ubicar la búsqueda de nuevas formas de hacer ciencia en la página cuatro de su agenda, no en la página uno, reservada a problemas de los cuales se pueden extraer consecuencias inmediatas para trabajar con los materiales disponibles, con el tipo de enemigo que enfrentamos, con la duración y la dureza de la lucha que emprendemos. En este sentido, no puede considerarse una actitud revolucionaria legítima el retirarse a pensar cómo reformular la ciencia.

¿Pero hasta qué punto logra resolver Varsavsky su propia tensión interna, aquella que lo debate entre la ciencia y la política? ¿Su apego a la ciencia potencia o socava su aporte a la revolución que sostiene? ¿Los modos de vinculación que propone entre filosofía de la ciencia y política científica, a través de los conceptos-eje que introduce, tales como “estilos de desarrollo”, “científicos rebeldes” o “ciencia politizada”, arrasan definitivamente con los vicios del cientificismo que denuncia, o tal vez algún hilo lo retiene todavía cerca de sus redes? Responder estas preguntas no es sencillo, pero quizás podamos aproximar una respuesta, recuperando una observación de Thomas Moro Simpson, que se encuentra en el artículo citado, que nos recuerda todavía que el marxismo se presenta como una teoría *científica* de la sociedad, y como tal, el conocimiento que proporciona es *neutral*, en el sentido de que corresponde a la verdad con prescindencia de cuestiones relacionados con la *ideología* o la *sociología del conocimiento*.²³ En definitiva, el uso que el marxismo académico hace del concepto *ideología* paradójicamente refuerza el lugar de la *verdad*. Este es su límite en la tarea de reformulación de los vínculos entre verdad y poder y Varsavsky con su socialismo nacional parece quedar dentro de estos límites. El rechazo de Varsavsky al marxismo ortodoxo en su carácter universal y necesario tienen como contrapartida su convicción acerca de la importancia de la contextualización, es decir, en su reclamo de un arraigo nacional para el proyecto socialista. Sin embargo, todo indica que mantiene intactos otros ideales del marxismo clásico, precisamente los que señala Tomás Moro Simpson en su artículo, en un cierto apego al racionalismo y una cierta añoranza de pureza presente en la utopía de una orden transparente, de una sociedad reconciliada. Al menos así lo sugieren algunos párrafos de otro de sus libros, el que se titula *Hacia una política científica nacional*²⁴

²¹ CI, p. 117.

²² Mientras tanto Varsavsky mediatiza la cuestión del siguiente modo “Qué ciencia ‘para el pueblo’ ayudará a llegar a una ‘ciencia del pueblo’, Varsavsky, O., *Hacia una política científica nacional*, Buenos Aires, Periferia, 1972, p. 11.

²³ Cf. CI, p. 91.

²⁴ Varsavsky, O., *Hacia una política científica nacional*, Buenos Aires, Periferia, 1972.

Este libro se inicia con una frontal respuesta a la acusación de García. No se trata en absoluto, aclara Varsavsky, de hacer política científica al estilo de los tecnócratas, esto es, desplegando criterios eficientistas dentro de un marco de referencia social, preestablecido y aceptado.²⁵ Se trata de discutir ese marco, de transformar revolucionariamente la sociedad en su conjunto, y en ese conjunto está incluida la ciencia, pero no ya como conocimiento, sino como instrumento de decisión para el logro de los objetivos propuestos. Ciencia-instrumento, que se requiere para cambiar la sociedad actual y llegar al socialismo maduro, creativo, no dogmático. Socialismo nacional. Ciencia-instrumento que obliga al científico a intervernir políticamente, justificando la elección de sus hipótesis no a través de su concordancia con hechos objetivos, sino a través de su vínculo con valores deseables. Ciencia-instrumento que posibilitará el advenimiento final de la “verdadera ciencia libre” característica importante de la “sociedad socialista madura”. Cuando eso pase, dice Varsavsky con talante escatológico, en una especie de Juicio Final “la ciencia resplandecerá con toda la objetividad y la gloria que le desean los científicos y yo.”²⁶

Ciencia instrumento para el logro una sociedad idealizada; ciencia libre y verdadera una vez que el objetivo se ha alcanzado, ¿es esto lo que en definitiva dice Varsavsky? Juego entre medios/instrumentos por una parte y entre fines/objetivos por la otra, tanto de la ciencia como de la sociedad en su conjunto. Creo que es sobre este juego que llama la atención, en última instancia, esta polémica. ¿Juego de tensiones que en algún punto esclerosa su sustancial dialéctica para recaer quizás en nuevas alternativas dicotómicas? Ya al finalizar su artículo Thomas Moro Simpson dice con cierta ironía que lamenta contrariar a Varsavsky al coincidir con él en un punto, en la necesidad de construir utopías científicas o modelos revisables de una sociedad deseable²⁷. ¿Pero cuál es todavía el alcance de la citada coincidencia? No es fácil decirlo, deberíamos quizás recomenzar una vez más, cuál Sísifo acarreando su piedra, y redefinir ciencia por una parte y sociedad deseable por la otra. Y ya no es hora para eso, aunque quizás ayude recordar una vez más el peligro que supone concebir los objetivos del conocimiento científico sin una clara relación con las diversas realidades sociales por una parte, así como el peligro de utilizar instrumentos y técnicas bajo la creencia de que son neutras, sin enraizarlos en valores y esperanzas compartidas, por la otra. O si se prefiere, podemos expresar en clave kantiana esta íntima interdependencia entre medios y fines diciendo que los objetivos que no se construyen a través de instrumentos creativos y abiertos son pobres y vacíos, en tanto los instrumentos que no se orientan en valores y esperanzas son ciegos.

El 3 de diciembre de 1975, en ocasión de la edición del libro que compila la polémica desarrollada a lo largo de 1971, el diario *La Opinión* publica la siguiente reseña:

Ciencia e ideología, Ediciones Ciencia Nueva, 123 páginas. La vieja polémica sobre el carácter ideológico de las ciencias positivas y su posible participación en un proceso político revolucionario es analizada aquí a través de un conjunto de ensayos. Las posiciones básicas son dos: científicismo (Klimovsky y seguidores) y anticientificismo (Varsavsky y acólitos). Más allá del resultado final de esta disyuntiva, en el presente libro, el “triunfo” de los científicos es rotundo (por la seriedad y finura de las

²⁵ *Op.cit.* p. 15.

²⁶ CI, p. 50.

²⁷ CI, p. 108.

argumentaciones propias y por la endeblez y voluntarismo de los adversarios). Sobresale, brillante y pleno de humor, el trabajo de Thomas Moro Simpson.²⁸

Pero ¿cuál es el alcance de este triunfo, si lo pensamos ahora, desde este complejo presente que transitamos? Porque lo que entonces estaba en juego, entre otras cosas, era ni más ni menos que el futuro: el futuro cercano y lejano de nuestro país. Desde la resistencia dice Varsavsky todavía en 1972:

Estudiar sólo la tendencia más probable implica resignarse a ella -es respetar las 'reglas de juego' impuestas en buena parte por intereses humanos no objetivos-, nos guste o no. Como no nos gusta nada, pero nada, preferimos buscar, para construirlos- otros futuros más deseables; menos probables tal vez, pero sin duda posibles.”²⁹

Bibliografía

- DE ASÚA, Miguel, “Introducción a ciencia, política y científicismo”, en *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, CEAL, 1994.
- FOUCAULT, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.
- LECOURT, Dominique, *El orden y los juegos*, Buenos Aires, de la Flor, 1984.
- VARSAVSKY, Oscar, *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, CEAL, 1977,
- Proyectos Nacionales. Planteos y estudios de viabilidad*, Buenos Aires, Periferia, 1972.
- Hacia una política científica nacional*, Buenos Aires, Periferia, 1972.
- VVAA, *Ciencia e ideología. Aportes polémicos*, Buenos Aires, Ciencia Nueva, 1975.

²⁸ *La Opinión*, Buenos Aires, editorial publicada el 3 de diciembre de 1975.

²⁹ Varsavsky, O., *Proyectos Nacionales. Planteos y estudios de viabilidad*, Buenos Aires, Periferia, 1972.